

Vol. 1, N° 1  
Julio - diciembre de 2014



**QUIRÓN**

Revista de estudiantes  
de Historia

RESEÑA

**Marco Palacios, Violencia  
pública en Colombia, 1958–2010  
(Bogotá: Fondo de Cultura  
Económica, 2012), 218 pp.**

Juan José Velásquez Arango  
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

SEDE MEDELLÍN  
FACULTAD DE CIENCIAS  
HUMANAS Y ECONÓMICAS



# QUIRÓN

---

Revista de estudiantes  
de Historia



## RESEÑA

# Marco Palacios, *Violencia pública en Colombia, 1958–2010* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2012), 218 pp.

Juan José Velásquez Arango\*

Interesado en analizar los fenómenos de “violencia pública” en Colombia desde 1958 hasta el 2010, es decir, en realizar un análisis histórico acerca de “toda forma de acción social o estatal por medios violentos que requiera un discurso de autolegitimación”, y en los enfrentamientos políticos y bélicos de las élites tradicionales con las élites de los grupos insurgentes, Marco Palacios desarrolla una rigurosa y muy valiosa investigación que permite al lector conocer los diversos factores que han estado constantemente presentes en esta problemática, además de darle a conocer una serie de planteamientos teóricos referentes a los temas abordados, que ayudan a desarrollar una mirada más completa acerca de un tema que ha tenido y sigue teniendo una vital importancia para los colombianos desde hace ya más de medio siglo. No se olvida, además, de realizar una amena y crítica descripción de la evolución de este fenómeno a través de la temporalidad que busca abarcar el trabajo.

Otro factor que hace del libro un excelente estudio digno de recomendación y lectura, es la manera como el autor aborda y desarrolla el tema. El hecho de que en la actualidad se difunda tanta (des)“información” mediocre acerca de este fenómeno, hace que perdamos de vista algunas características más complejas que pueden ampliar nuestros puntos de vista, lo que sí hace Palacios. A través de todo el texto, son constantes las alusiones a las relaciones locales, regionales, nacionales e internacionales que están inmersas en el desarrollo de este proceso histórico. Así pues, el autor relaciona el país con políticas y fenómenos mundiales e internacionales como la Guerra Fría, la Revolución Cubana, la Revolución Popular China, la teoría guerrillera castrista y guevarista, y la guerra contra las drogas y el terrorismo por parte de EEUU, además de establecer relaciones y comparaciones con otros países latinoamericanos como México y Venezuela, para mostrar mejor las magnitudes y proporciones de la problemática colombiana. El autor tampoco

---

\* Estudiante de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.



se olvida de incluir las principales corrientes teóricas e ideológicas que circulaban por el mundo y que influyeron en el accionar del Estado y los grupos guerrilleros y paramilitares. Las teorías de Marx, Lenin, Stalin, Mao Tse Tung y las desarrolladas por presidentes y políticos norteamericanos, como el nuevo capitalismo anticomunista, pueden encontrarse constantemente aludidas en el libro.

Además, es bastante valioso el aparato crítico y analítico con el que aborda Palacios su tema de estudio, pues a través de una cantidad para nada despreciable de referencias bibliográficas y fuentes primarias (21 páginas dedicadas a esta sección), llega tanto a dar algunas conclusiones, como a mostrar, bien sea en forma de texto o a través de cuadros y gráficas altamente ilustrativas, su interpretación del fenómeno de la violencia colombiana.

El autor realiza un recorrido temporal a través de las diversas etapas que la violencia pública ha tenido en Colombia, llegando a proponer seis divisiones temporales del conflicto, cada una con características y actores particulares: 1. la primera ola de violencia (1949-1953); 2. la primera tregua (1953-1954); 3. la segunda ola de violencia (1954-1958); 4. la segunda tregua (1958-1962); 5. guerra de guerrillas en los márgenes (1962-1985) y legalización de organizaciones paramilitares locales (1965/1968-1989); 6. guerra sucia de baja intensidad (1985-presente). Entre los grupos participantes en estas etapas podemos encontrar, además del Estado (siempre presente, aunque no muy efectivo como lo demuestra el desarrollo del fenómeno bélico), desde guerrillas liberales y comunistas de carácter disperso, hasta colectivos bien estructurados como las FARC-EP, el ELN, el M-19, el EPL, las AUC y los carteles de narcotraficantes de Medellín y Cali.

Aun así, según la organización de los capítulos del libro, podemos hacer una mejor síntesis de cómo considera Palacios el desarrollo del fenómeno de la violencia pública, desde la aparición de las guerrillas de izquierda hasta la guerra total contra las FARC-EP. Para ello, aglutinaremos la temporalidad que recoge el libro en tres etapas (tratadas casi que correspondientemente a través de los capítulos II, III y IV).

En primer lugar, encontramos una etapa en la que comienzan a formarse y desarrollarse las guerrillas colombianas, fundamentadas en planteamientos liberales, socialistas y comunistas, y, especialmente, en la teoría planteada por Fidel Castro y el “Che” Guevara acerca de la guerra de guerrillas como una forma eficiente para el cambio político y social. En este momento, estas organizaciones no fueron consideradas del todo por el Estado como un enemigo, sino como un adversario. La diferencia está en que el primero debía ser destruido, mientras que con el segundo se buscaban formas de acuerdo para beneficiar a cada parte implicada. Además, todavía existían lazos entre movimientos políticos pacíficos como el Partido Comunista Colombiano (PCC) y este tipo de grupos, evidenciando una



clara tendencia de lucha por un ideal más o menos señalado. Cabe agregar también que para aquel entonces estos movimientos eran apoyados por algunas partes de la sociedad colombiana, especialmente la rural, mostrando una convergencia de opiniones que no solo estaban en la cabeza de unos pocos “bandoleros”.

La segunda etapa comienza cuando entraron en juego los grupos de narcotraficantes, en especial el cartel de Medellín liderado por Pablo Escobar Gaviria, y el de Cali, comandado por los hermanos Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela. La introducción del negocio de las drogas, especialmente de la cocaína fue, para el autor del libro, el detonante de la guerra sucia en Colombia. Dadas las grandes ganancias que reportaban estas actividades ilícitas, las partes combatientes, es decir, el Estado y las guerrillas, fueron mezclándose con este negocio que terminó por corromper por completo a todos los que participaban en él, además de incrementar la violencia en una medida exorbitante, debido a que ya no se luchaba por ideales políticos o sociales, sino por el monopolio de un negocio. En estos años ya no se distinguía de dónde provenían las acciones bélicas y los muertos resultantes de ellas. ¿Narcotraficantes, ejército, guerrillas? Nadie podía saberlo. Además, aparece otro importante factor que también contribuyó al *boom* de la nueva violencia: los paramilitares avalados por el Estado colombiano para la lucha contra las guerrillas. Es importante aclarar que si bien los gobiernos de turno intentaron hacer parecer que el problema de la violencia provenía de los enfrentamientos con los grupos guerrilleros, el verdadero conflicto armado, crudo y despiadado, se debía sobre todo a las acciones de los narcotraficantes en conjunto con los paramilitares.

Una vez derrotados los carteles de la droga con la captura y extradición de los hermanos Rodríguez Orejuela, y el abatimiento de Pablo Escobar, se entra en la tercera etapa que va hasta el 2010, fecha en que se publica el libro. Si bien en este período se intentó llegar a un acuerdo con las guerrillas (sobre todo con la más poderosa de ellas, las FARC-EP), pues aún había remanentes de la concepción de ellas como adversarios. A partir de 1997 y tras los fallidos diálogos de paz del gobierno de Andrés Pastrana, se entra en una guerra total en contra de este grupo, encabezada y promocionada sobre todo por Álvaro Uribe Vélez, presidente durante el período 2002 – 2006, y reelegido para el de 2006 – 2010. A partir de entonces, las FARC-EP perdieron toda credibilidad. Son ahora vistas como el principal enemigo del país, y responsables de la situación de violencia que se ha estado viviendo. Cabe recordar que esta nueva postura del Estado colombiano fue fuertemente influenciada tras los ataques del 11 de septiembre de 2001 a EEUU, y la correspondiente campaña mundial de este país contra las drogas y el terrorismo. Sin embargo, la degradación social de las FARC-EP no fue solo culpa del gobierno, sino también del grupo mismo, pues al aumentar su acción bélica para ganar en el campo táctico, perdieron legitimidad política frente a la población civil.



El autor se empeña en utilizar como referente el modelo del *Leviatán* de Thomas Hobbes para mostrar lo que para él es uno de los principales problemas de Colombia y que ha sido causa en gran parte de las problemáticas del conflicto armado y la dificultad para consolidar un Estado moderno en el que no se presenten, o al menos puedan resolverse, aprietos como los que se mencionan en el libro. Según Hobbes, el Estado es reflejado en la criatura del Leviatán, un ser gigantesco que abraza y abarca todo, así como un Estado debe contener a toda la sociedad de la cual está encargada. Por lo anterior, es fundamental que para la consolidación de un verdadero Estado – Leviatán exista una igualdad de todos frente a él. El monstruo con el que lidia Colombia no es el verdadero Leviatán hobbesiano, sino una versión imaginaria de este, debido a que esa anhelada condición de igualdad no está, ni jamás ha estado presente en el país, como tampoco nunca ha habido una verdadera soberanía nacional sobre todo el territorio. De aquí, concluye Palacios, es desde donde puede comenzar a vislumbrarse uno de los problemas centrales colombianos, que, además de dificultar la consecución de una paz duradera dentro de su propio territorio, obstruye también el desarrollo de otras ramas como la económica, política y cultural.

A pesar de ser un excelente libro, nos parece que Palacios se cierra un poco en su opinión y visión crítica al ver la violencia del país como un fenómeno de larga duración y de permanente presencia desde hace varios siglos. Si bien esta postura tiene fuertes argumentos, y es compartida por otros autores como Gonzalo Sánchez Gómez, también se han desarrollado otras investigaciones como las elaboradas por Eduardo Posada Carbó, que invitan a una reinterpretación y a un examen cuidadoso y detallado para comprobar si la tesis anterior es realmente válida para todo el recorrido histórico del territorio colombiano. Creemos que si se toman en cuenta también estas ideas, el debate académico podría enriquecerse y generar una visión e interés más amplio sobre este acusante y trascendental problema. Esto, sin embargo, no pretende contrariar la opinión de una continuidad histórica en otros campos diferentes a la violencia, como el contrabando desde la Colonia, o el clientelismo de las élites políticas. Es notable cómo Palacios muestra que esta última práctica, tan usada por los políticos de los siglos XX y XXI, ya se podía entrever en *El Carnero*, escrita por Juan Rodríguez Freyle en 1638.

No queda más entonces que recomendar la lectura de este libro, porque además de ofrecernos una visión detallada y analítica de uno de los principales problemas de Colombia desde hace 60 años, nos ofrece un texto escrito de la manera más objetiva y neutral posible acerca de un tema que ha tocado directa o indirectamente a toda la población colombiana. Si bien en ocasiones pueden encontrarse algunas opiniones personales en las que se ve inmiscuida la posición de Palacios con respecto a los objetos, sujetos y eventos tratados, en general, intenta no caer en este error que va en detrimento de hacer una verdadera obra de historia crítica, que aporta algo realmente valioso para la ciencia histórica.



**QUIRÓN**

---

Revista de estudiantes  
de Historia